



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El exilio florido: José Martí en México

Autor: Matesanz, José Antonio

Forma sugerida de citar: Matesanz, J. A. (1995). El exilio florido: José Martí en México. *Cuadernos Americanos*, 3(51), 122-128.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 51, (mayo-junio de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL EXILIO FLORIDO: JOSÉ MARTÍ EN MÉXICO

Por *José Antonio* MATESANZ
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

LA CREACIÓN DE LA UTOPIA de la Patria Grande, o de los Estados Unidos de América Latina, o de Nuestra América, o de la Gran Colombia —o bautícenla ustedes como gusten—, todavía en proceso en nuestros propios días, y por algunos siglos más —los necesarios para lograr que coincida la realidad con el deseo—, tiene uno de sus grandes momentos en la obra que José Martí realizó en México, y sobre México, en los años de 1875 y 1876. El libérrimo ambiente de la República Restaurada —el único periodo en la historia mexicana en que el liberalismo democrático experimentó una oportunidad real de ser construido y puesto en práctica en multitud de áreas y niveles de la vida nacional—, acogió a Martí como uno más de sus batalladores paladines, y él se entregó por entero, con todas sus facultades, a la tarea gozosa de colaborar con los liberales mexicanos en la construcción de la nación soñada.

Durante ese par de años fluyó de su prodigiosa pluma un riquísimo caudal de textos, sorprendentes por múltiples razones: entre otras, porque quien tanto y tan bien escribe tiene apenas veintidós años; porque su pensamiento se despliega con la seguridad y el aplomo de quien tiene la experiencia de muchas vidas; porque la calidad de su prosa es, ya, la que justifica calificarlo como el más perfecto escritor en lengua española del siglo XIX. Martí a esa temprana edad es ya un hombre maduro y de temple. Viene de conocer la prisión y el exilio. Su carácter está ya formado en sus características esenciales, y los años venideros sólo atestiguarán el despliegue del riquísimo conjunto de virtudes y de valores martianos evidentes en estos textos escritos en México, como si de las semillas sembradas y abonadas en tierras aztecas crecieran árboles magníficos en las tierras de Guatemala, de Venezuela, de los Estados Unidos, de Cuba. Es de sospechar que Martí nació adulto y maduro.

Desde el principio su actitud fue de pertenencia y de arraigo. Con toda naturalidad se integró al ambiente como si fuera un liberal mexicano más, sin complejos, sin reticencias, sin permitir que su condición de cubano le pusiera obstáculos a su participación plena, como periodista, en la vida pública, en las múltiples batallas cotidianas por construir, detalle a detalle, una nación liberal y democrática, nuevamente fundada a partir de la derrota de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano. Con toda naturalidad Martí se refería a “nuestro cielo”, “nuestros árboles”, “nuestra majestuosa laguna de Texcoco”, “nuestros pintores”; con naturalidad se permitió opinar sobre todo lo opinable, sobre todo lo que se le presentó, cotidianamente, a su ávida curiosidad de reportero.

Correlativamente, que yo sepa, ningún mexicano le regateó su derecho a participar en la cosa pública recordándole que había visto la luz primera en Cuba. Pareciera como si en aquellos momentos existiera en la generación de liberales de la República Restaurada un consenso no escrito, no explícito, pero por todos aplicado, sobre la legitimidad de esta participación, como si la importancia de la tarea de crear un México liberal y democrático justificase la suma de todos los esfuerzos, y fueran bienvenidas todas las colaboraciones; la de un cubano como Martí no podía ser considerada extranjera o impertinente. Estaba claro, en aquellos años, que a la nación mexicana, nuevamente fundada en su ser republicano y en proceso de construcción, había que inventarla, crearla, darle un contenido liberal preciso que liquidase, en concreto, en la propia cultura cotidiana, y de una vez y para siempre, el México colonial que se había supuesto eliminado desde 1821, pero que había perdurado en todo menos en la dependencia directa del imperio español.

Martí dedica sus artículos a aportar su propia voz, su grano de verdad y de belleza a ese contenido liberal concreto de que se quería dotar a todas las áreas de la vida nacional mexicana. En una patria nueva —nueva tanto para él como para los mexicanos mismos—, Martí comprende la importancia de cultivar el patriotismo, valorando la grandeza de los héroes, propiciando su culto, descubriendo y magnificando los valores propios. La vieja idea del historiador Carlos María de Bustamante de que era necesario sustituir el santoral católico con uno laico y patriótico que comprometiera la devoción popular, es retomada con entusiasmo por los liberales de la República Restaurada. Por esos días se buscan, se encuentran y se honran los restos de los héroes de la Independencia; se exaltan las figuras de Hidalgo y Morelos.

La tribuna que para expresarse en voz muy alta y muy personal le proporciona la oportunidad de ejercer por primera vez el periodismo, le ofrece también a Martí la ocasión de apoyar la tarea literaria que se han planteado los escritores liberales. Hay que crear una literatura propia, un teatro propio, un arte, en suma, nacionalista. Escarmentados por una lucha larga y dolorosa contra los franceses y los conservadores, el grupo de escritores encabezado por Altamirano y reunido sobre todo en la revista *El Renacimiento*, se plantea la necesidad de trasladar su recién victorioso nacionalismo político al campo de la literatura, y se empeña en poner en práctica una idea que hoy nos parece ingenua por evidente, pero que entonces tenía todas las características de una verdadera revolución en las conciencias: a pueblos nuevos corresponden literaturas nuevas; los escritores mexicanos deben desarrollar temas propios, surgidos de su propia circunstancia. La victoria política y militar ante Europa implicaba no solamente una segunda independencia, sino también el desprendimiento de una matriz cultural: México podía empezar a ser sí mismo sin tener que pedirle permiso a nadie.

Se hacía evidente en la atmósfera misma del momento la necesidad de agregar los tonos y matices mexicanos a los clarinazos dados ya en otras latitudes del mundo latinoamericano, donde la necesidad de cantar y contar lo propio se había manifestado con anterioridad: pongamos por caso, en Andrés Bello, al rendir homenaje a la agricultura de la zona tórrida; en José Mármol, al hacer del tirano Rosas personaje fundamental en su novela *Amalia*; en Juan Zorrilla de San Martín, al tomar para su poema el tema indio de *Tabaré*. Por estos años, y en respuesta a este estímulo, aparecerán en México las novelas de temas vernáculos de Ignacio Manuel Altamirano, José Tomás de Cuéllar, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, y una larga cauda de poetas que cantan no solamente el paisaje de la tierra, sino que construyen una sensibilidad mexicana. Hay que señalar, y celebrar, que esta preocupación, compartida por Martí y los escritores mexicanos de este momento estelar, tiene una larga y riquísima historia posterior.

Al nacionalismo en la literatura se agrega el nacionalismo en la pintura, y Martí reseña con entusiasmo y sensibilidad las exposiciones en que los pintores mexicanos empiezan a rendir homenaje al paisaje mexicano, a los temas de la historia patria, a los tipos característicos que ha producido la mezcla de razas en estas tierras.

Un arte nuevo y propio, que sea expresión legítima del verdadero ser de la nación mexicana, engarzado en un sistema de convivencia tolerante y abierto. A crear y fortalecer ese sistema dedica

Martí muchas de sus páginas, consciente de que la civilidad ha sido gravemente dañada por tantos años de guerra y convulsiones, y de que las formas de relación social hay que reinventarlas de acuerdo a un código de conducta enaltecido y noble. Por ello es que condena a los periódicos católicos cuando se hacen de la vista gorda ante los asesinatos cometidos por bandoleros dizque en favor de la religión católica; por ello, también, truena contra la educación despótica de las niñas, porque serán ellas las que eduquen a los hombres del mañana; por ello seguirá con cuidado y atención apasionados los variados acontecimientos del Congreso, de la Corte, de la oposición, de las manifestaciones artísticas, de la vida toda del país. Dentro de este conjunto de textos sorprende encontrar vislumbres de un futuro que ya nos alcanzó, y que es hoy tema que nos apasiona, una vez más: la condición de los indios y su ubicación dentro de la nación mexicana. Martí deplora, encendidamente, la situación de las razas indias, pobres, marginales, explotadas, resentidas. Propondrá para ellas, de acuerdo con el código liberal, su incorporación a la cultura occidental y a la vida nacional. A Martí no se le oculta que si no se soluciona satisfactoriamente la ubicación de los pueblos indios dentro del conjunto mexicano, la constitución nacional arrastrará un problema permanente. Su compromiso con lo mejor de México lo llevará a renunciar a permanecer en el país cuando el general Porfirio Díaz se rebela contra la legitimidad republicana con un golpe de fuerza impone su autoridad de caudillo y detiene el proceso de construcción de la democracia. Martí se siente incapaz de legitimar con su presencia al nuevo gobierno, y sale en busca de su destino.

En conjunto, podemos ver que su pensamiento está regido siempre por valores clásicos que, al no tener en su carácter ni la más mínima sombra de cinismo, a Martí no le da pena apoyar abiertamente: Verdad, Bondad, Belleza, Compasión, Nobleza, etc. Estos valores los encontramos en él matizados por un romanticismo espiritual que los problematiza y los hace dinámicos, y además los inserta plenamente en su momento —finales del siglo XIX—, en que conviven forcejeando entre sí una multitud de tendencias y corrientes: racionalismo, idealismo, materialismo, espiritualismo. Martí es un clásico en el sentido de que propugna y promueve valores clásicos; lo es también porque constituye un ejemplo a seguir hasta nuestros días. El hecho mismo de que haya podido vivir y trabajar a plenitud en México —aun cuando haya sido sólo por un par de años—, constituye en sí mismo un ejemplo también, que brilla con luz propia al

insertarse en un conjunto de instancias análogas, que recorren la historia toda de Nuestra América y que constituyen ya una tradición, y por consiguiente, un ideal a seguir, y también a corregir y ajustar.

En efecto, en la historia toda de Nuestra América conocemos una multitud de instancias en las que, obligados por razones fundamentalmente políticas —con las que se entretujan con toda naturalidad razones, o sinrazones, de tipo social, económico, cultural, humano en suma—, los latinoamericanos nos hemos visto obligados a abandonar la patria, y hasta la patria propias, para ir a rehacer la vida en otras tierras, latinoamericanas también. Se ha dado entonces el fenómeno, bastante extendido —y que todavía está por estudiarse a fondo—, de que hombres que han visto la luz primera en un lugar de Nuestra América, florezcan y fructifiquen en otro, viviendo un exilio que tiene características peculiares, pues la tierra en la que se han visto forzados a refugiarse es lo más parecido que hay a la propia en lengua, religión, costumbres, ambiciones, expectativas, problemas, memorias históricas, y en muchos casos los ha recibido con los brazos abiertos y les ha permitido integrarse, sin demasiadas dificultades, a su propio flujo vital, reforzando de esta manera —así sea con los dolores que conlleva el trasplante y la emigración en otra tierra—, la tradición positiva del flujo y reflujo de individuos destacados, y no tan destacados, y aun de poblaciones enteras latinoamericanas; y reforzando en última instancia, si no es que en primera, el ideal de hermandad entre todos nuestros pueblos. Se trata de un exilio florido.

Ciertamente, cada caso es único. No puede equipararse, en todas sus dimensiones, el exilio del venezolano Andrés Bello en Chile, por ejemplo, con el del argentino Domingo Faustino Sarmiento en el propio Chile, o el de los miembros de la Asociación de Mayo argentina en Uruguay; el de los cubanos José Martí o José María de Heredia en México, con el del puertorriqueño Eugenio María de Hostos o el ecuatoriano Juan Montalvo en Colombia; o el del guatemalteco Luis Cardoza y Aragón en México con el de los colombianos Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis en el propio México. Repito, cada caso es único, tiene sus propios matices, sus propios contextos y plantea su propia problemática. Pero ciertamente también es posible ver cada uno de ellos como parte de un todo, de una tradición compartida por los pueblos latinoamericanos, y mejor aún, más ampliamente, por los pueblos de origen hispánico. En efecto, no podemos ni debemos olvidar que este fenómeno

histórico nació en España —especialista que ella ha sido en arrojar fuera de sí, periódicamente, a sus mejores hijos—, y de ella provienen algunos de nuestros casos más destacados: digamos el de los republicanos españoles refugiados en México después de la guerra civil de 1936-1939.

Ésta es una de nuestras mejores tradiciones, y en ella se inscribe en lugar de honor el trabajo hecho por Martí en México. Sus textos "mexicanos", brillan hoy con un sentido y un valor que sobrepasan con mucho la fragilidad de la hoja periodística, volandera y circunstancial; los hace contemporáneos nuestros, los inscribe en nuestra gran literatura. Dejemos de lado su cara oscura: esa triste costumbre hispánica —que por lo demás no es de ninguna manera exclusiva de nuestros pueblos—, de expulsar fuera de su patria, o de su patria, y sea por las razones que fuere, a nuestros hombres y mujeres, a veces los mejores. Recordemos, en cambio, sus aspectos positivos, su lado lleno de luz, florido: el hecho maravilloso de que, de alguna manera, nos hemos ingeniado para convertir en algo positivo lo que en su origen constituye un crimen: expulsar a un ser humano de su tierra, arrancarle sus raíces, desarraigarlo y arrojarlo al aire, para que aprenda a volar o se estrelle en las rocas. De aquí hemos tenido que hacer de la necesidad virtud, de tripas corazón, y hemos aprendido a volar.

De aquí ha surgido en términos diplomáticos la doctrina del derecho de asilo, defendida y practicada en múltiples ocasiones por los pueblos de América Latina, y que nos caracteriza y destaca en el conjunto mundial de naciones. En términos culturales, a partir de aquí se ha reforzado —y se refuerza cada día más, a pesar de los retrocesos y las dilaciones— nuestro sentido de unidad fundamental, mientras se enriquece la conciencia misma de nuestra variedad. Y en términos humanos —y aunque duele: todo crecimiento duele— se amplía nuestro cosmopolitismo, la radical vocación de universalidad que ha caracterizado siempre al latinoamericano. Al salir de nuestra patria y nuestra patria, al abandonar de buen o mal grado las perspectivas que nos da la torre de nuestra parroquia, podemos contribuir, con lo que sea, a la creación de una conciencia viva de la Patria Grande, que incluya nuestra cultura entera, nuestras tierras todas y todos nuestros pueblos, sin excluir ninguno. Y, por supuesto, no tenemos necesidad de quedarnos ahí. La creación de una conciencia de unidad de Latinoamérica y nuestra capacidad de apertura y de asimilación nos prepara a dar el salto, cuando sea

oportuno y haya necesidad, a la conciencia de que el ser humano tiene patria y patria en donde quiera que se encuentre su propio ombligo, en cualquier lugar de la tierra y participando de cualquier cultura. La tradición del exilio florido prefigura y anuncia la universalidad de Nuestra América.